

Era un punto blanco, la cúspide de altísimo minarete, cuya parte inferior permanecía aún oculta. Todos apuntamos allí con los anteojos. El barco se deslizaba rápidamente. Después de algunos minutos se vió al lado del alminar una mancha incierta, después dos, luego tres, luego muchas manchas que poco á poco tomaban contorno de casas, alargándose y alargándose la hilera.

Ante nosotros, y á la derecha, todo continuaba escondido entre los vapores de la niebla. Lo que entonces comenzaba á descubrirse, era la parte de Stambul que se prolonga formando un arco de cerca de cuatro millas italianas sobre la orilla setentrional del mar de Mármara, entre el Cabo del Serrallo y el Castillo de las Siete Torres. Pero la colina misma del Serrallo, proseguía velada. Detrás de las casas iban despuntando uno tras otro, los minaretes, altísimos y blancos, y las cúspides, iluminadas por el sol, resultaban color de rosa. Bajo las casas, empezaban á descubrirse los viejos muros almenados, de tono oscuro, y reforzados de trecho en trecho por gruesas torres á manera de contrafuertes, constituyendo en torno de la ciudad, una no interrumpida cintura, contra la cual se estrellan las olas del mar.

De pronto, al poco tiempo, quedé enteramente descubierta una parte de la ciudad de unas dos millas de largo; pero declaro francamente que el

espectáculo no correspondía á mis ilusiones y mis esperanzas.

Estábamos sin duda en el momento en el cual Lamartine se preguntó á sí mismo:—¿Pero es esto Constantinopla?—Y exclamó después:—¿Qué desencanto!

Las colinas continuaban aún escondidas, no se veía más que la orilla y la larga hilera de casas, con lo cual la ciudad parecía enteramente plana.

—Capitan, prorrumpi yo también, ¿pero es esto Constantinopla?

Por primera respuesta me aferró de un brazo y señalando con el otro ante nosotros, me dijo:

—¡Hombre de poca fé, mire allí!

Miré y una exclamación de asombro se escapó de mis lábios.

Una sombra enorme, una mole altísima y ligera, todavía cubierta por vaporoso velo, se elevaba al cielo desde la cúspide de una altura que dibujaba su esférica silueta en el aire en medio de cuatro desmesurados minaretes, cuyas plateadas puntas centelleaban á los primeros rayos del sol.

—¡Santa Sofía!—gritó un marinero, y las señoras atenienses murmuraron:—“Hagia Sofía”—(la santa sapiencia.)—Los turcos de proa se pusieron de pié. Más delante y á los lados de la santa basílica empezaban á dibujarse confusamente por entre la niebla otras cúpulas enormes, otros alminares compactos y espesos como bosque ji-

gantesco de palmeras sin palmas...—La mezquita del sultan Ahmed—gritaba señalando el capitán—la mezquita de Bayaceto; la mezquita de Osman, la mezquita de Laleli, la mezquita de Soliman... Pero nadie le escuchaba... El velo se rompía rápidamente y por todas partes surgían mezquitas, torres, manchas de concentrado verde, casas y más casas; y mientras más adelante caminábamos, más se erguía orgullosa la ciudad, mostrándonos sus rotos contornos caprichosamente diseñados, ora blancos, ora verdes, ora rosáceos y siempre brillantes. La colina del Serrallo enseñaba ya entera su elegante conjunto sobre el fondo gris de la lejana neblina. Cuatro millas de población, toda la parte que mira al mar de Mármara, se desplegaba á nuestra vista; y sus oscuras murallas, sus casas mil, de mil colores, reflejaban sus perfiles en el nítido y terso cristal de las aguas como en límpido espejo.

De pronto el barco se paró.

Todos rodearon al capitán para preguntarle por qué, y nos explicó que era indispensable esperar que se desvaneciese la neblina por completo para proseguir caminando. Y con efecto, la embocadura del Bósforo, se hallaba perdida como detrás de inmensa y espesa cortina. Un minuto después, ya se pudo adelantar, aunque con precauciones. Nos aproximamos á la colina del antiguo Serrallo.

Aquí, la curiosidad mía y la de todos, se convirtió en verdadera fiebre.

—Vuélvase, dijo el capitán, y espere á que tengamos delante toda la colina.

Me volví y fijé la vista en un escabel que me parecía que bailaba.

—¡Ahora! gritó el capitán.

Me volví. El barco se había parado de nuevo.

Nos hallábamos frente á frente de la colina y muy próximos á ella.

Es un gran montículo vestido de cipreses, te-rebintos, abetos y plátanos gigantescos, que lanzan sus ramas, fuera de los almenados muros, hasta llegar á hacer sombra en el mar. En medio de esta mancha de verdor, se alzan desordenadamente, separados y formando grupos, como esparcidos al acaso, techos de kioscos, pabellones coronados de galerías, plateadas cupulillas, pequeños edificios de gentil y extraña forma, con enrejadas ventanas y puertas de arabescos; todo blanco, diminuto, medio oculto, que deja adivinar laberintos de jardines, de corredores, de patios, de corrales: una ciudad completa, encerrada en un bosque, separada del mundo y llena de misterio y de tristeza.

En aquel instante, el sol la hería, disipando lentamente la ligerísima gasa que la envolviera. No se veía á nadie, no se sentía el más mínimo rumor. Todos los pasajeros permanecían con los

ojos fijos, mirando y remirando aquella colina coronada por las memorias de cuatro siglos de gloria, de amores, de conjuraciones, de placeres y de sangre: palacio, ciudadela y tumba de la gran monarquía otomana. Ninguno hablaba, nadie se movía, cuando de repente gritó el segundo del buque:

—¡Señores! Se ve Scutari.

Nos volvimos todos como movidos por un resorte hacía la orilla asiática. Scutari, la ciudad del Cuerno de Oro, estaba allí esparcida hasta perderse en lontananza sobre las alturas y por los flancos de sus grandes lomas envuelta en los luminosos vapores de la mañana, risueña, fresca, como una ciudad nacida de improviso y por virtud del golpe de una vara mágica.

¡Quién es capaz de describir aquel espectáculo! El lenguaje de que nos servimos para hablar de los demás países, no sirve para dar una idea siquiera de aquella inmensa variedad de colores y de perspectivas; de aquella maravillosa confusión de ciudades y de paisajes, mezcla de alegría y austeridad, de algo europeo y algo oriental, raro, elegante, extraño, original, magnífico y soberbio!!

Imaginaos una población compuesta de diez mil casitas amarillas y encarnadas, de diez mil jardines exuberantes de verdura, por entre los cuales alzan la cerviz cien candidas mezquitas blancas como la nieve, dominando á la ciudad un

bosque de enormes y corpulentos cipreses—el mayor cementerio del Oriente; á los extremos, inmensos cuarteles blancos también, grupos de casas y de árboles, pequeñas construcciones campestres, detrás de las cuales despuntan otras medio incógnitas y rodeadas por grandes masas verdes; y aquí, allí, en todas partes, cimas de cúpulas, agujas de minaretes, coronamientos de torres, reverberando hasta la mitad de la ladera de una montaña que cierra como por tupida cortina el horizonte lejano; una gran ciudad, en suma, derramada, diseminada en un gran jardín, colocada sobre una orilla que en este punto se rompe á pico y en bisel y entre peñascos vestidos de sicomoros, y abierta más allá por esotro lado en gradaciones de verdosos planos, cuyos valles y senos se hallan rebosando flores en manchas de sombra; terminando, en fin, el espectáculo con el azul del Bósforo, que refleja en sus aguas toda esta esplendente belleza.

Mientras miraba á Scutari, mi amigo me tocó con el codo para anunciarme el descubrimiento de otra ciudad. Y con efecto, tornando la vista hacía el mar de Mármara, en la misma orilla asiática, percibí más allá de Scutari blanca faja de casas, mezquitas, jardines, al lado de las cuales habíase deslizado la embarcación sin que la niebla nos las hubiese dejado contemplar. Con el auxilio del antejo se divisaban perfectamente los cafés, los ba-

zares, los edificios á la europea, las escalinatas, las murallas que ciñen los huertos, los barquichuelos distribuidos á lo largo de las playas... Era Kadi-Kioi, *el pueblo de los jueces*, colocado sobre las ruinas de la antigua Calcedonia, antes rival de Bizancio: aquella Calcedonia fundada seiscientos ochenta y cinco años antes de Jesucristo por los Megarianos, á los que denominó *ciegos* el oráculo de Delfos por haber escogido aquel sitio en lugar de la opuesta ribera, donde se asienta Stambul.

—Son tres ciudades, nos dijo el capitán; cuenten por los dedos, puesto que van á surgir al momento otras varias.

Nuestra nave permanecía inmóvil entre Scutari y la colina del Serrallo.

La tantas veces repetida niebla encubría por completo el Bósforo, desde Scutari en adelante y Galata y Pera al frente. Pasaban á nuestro lado barcos y lanchones de todas especies, vaporcillos, caiques, (1) pequeñas embarcaciones de vela... pero ninguno los miraba. Todas las miradas continuaban fijas en la cortina gris que cubría la ciudad franca. Yo me estremecía de impaciencia y de placer. Todavía faltaban pocos instantes para contemplar el panorama maravilloso que había de

(1) Caique, pequeña embarcación ó esquife, al servicio de las galeras.

arrancar gritos de admiración al alma. Apenas conseguía mantener quietos y fijos los gemelos: tanto me temblaba el pulso.

El bueno del capitán me miraba gozándose en mi emoción; y frotándose las manos, prorrumpió á voces:

—¡Ya estamos, al fin, al fin!

Con efecto, principiaron á aparecer tras del velo, primeramente, manchas blanquecinas; después, perfiles vagos, inciertos, dudosos, de una gran prominencia; luego, vivísimos brillos y centelleos de cristalerías heridas por el sol, y en fin, Galata y Pera en plena luz: un monte, millares de casas de todos colores, unas detrás de otras; una ciudad altísima con diadema formada de alminares, cúpulas y árboles. Sobre la cima, palacios monumentales de las embajadas, y la gran torre de Galata, y á la falda, el vasto arsenal de Tofané y el espeso bosque de apiñados mástiles de embarcaciones... y barrios tras barrios iban saliendo á medida que la niebla desaparecía, todos de compactas fábricas de vario color, salpicados de cuando en cuando por el blanco de las mezquitas; hileras de buques, pequeños puertos, palacios que besan las aguas, pabellones, jardines, huertas, kioscos, y más allá, se prolongaba perspectiva análoga y semejantes panoramas... una confusión tal de colores, una riqueza de verdor, una fuga de vistas, una grandeza, una delicia,

una gracia, capaz de hacer prorrumpir en exclamaciones insensatas. Sobre el barco todos estábamos con la boca abierta: pasajeros, marineros, turcos, europeos, chiquillos... Se podía oír el vuelo de una mosca, y ya no se sabía á qué parte mirar: Scutari, Kadi-Kioi á un lado; del otro, la colina del Serrallo; en frente, Galata, Pera y el Bósforo. Para ver sucesivamente, era indispensable ir girando, y verificábamos la operacion con las pupilas dilatadas, sonriendo, gesticulando, callados, y como si aspirásemos un placer de esos que sofocan. ¡Qué hermosos momentos, Dios eterno!

Y sin embargo, lo más grande y lo más bello, quedaba aún por ver.

Proseguíamos inmóviles delante de la colina del Serrallo, sin pasar la cual no es posible ver el Cuerno de Oro, que es precisamente desde donde se goza de la más hermosa vista de Constantinopla.

—Estén atentos, apuntó el capitán antes de dar la orden de continuar la marcha; estén atentos porque ahora viene el *instante crítico*. En tres minutos nos hallaremos delante de Constantinopla.

Una sensacion de frio recorrió todos mis miembros.

Esperamos todavía algunos segundos.

¡Ah, cómo me latía el corazón! ¡Con qué

fiebre en el alma aguardaba aquella bendita palabra: adelante!

Al fin gritó el capitán: *adelante*.

El barco principió á moverse. ¡Ah, Reyes, Príncipes, Cresos, poderosos y afortunados de la tierra, en aquel momento os compadece! Mi sitio en la nave, valía más que todos vuestros tesoros amontonados, y no habría vendido una sola de mis miradas por un imperio entero.

Un minuto... otro... ya se pasa la punta del Serrallo... entreveo espacios inmensos llenos de luz y de tintas variadas... se pasó aquel á manera de cabo, y... hé aquí ¡¡¡CONSTANTINOPLA!!!

Constantinopla sin límites, soberbia, sublime. ¡Gloria á la creacion y al hombre!

¡Jamás soñé tanta belleza!

Y ahora, describe, miserable. ¡Profana con tu pluma esta vision divina! ¡Quién osa describir á Constantinopla? Chateaubriand, Lamartine, Gauthier, ¿qué habeis remedado!

Y sin embargo, las imágenes se atropellan en la mente, y las palabras huyen de la pluma. Veo, hablo, escribo, todo á la par, sin esperanza, pero con una voluptuosidad que me embriaga. Veamos, pues, hasta qué punto se puede salir del paso.

El Cuerno de Oro, recto delante de nuestra vista, como un ancho río, y sobre las dos riberas dos cadenas que se levantan al cielo, sobre cuyas cimas se extienden otras dos cadenas paralelas de ciudad, que abrazan ocho millas de montes, de valles, de senos, de promontorios; cien anfiteatros de monumentos y jardines; dobles filas en inmensas escalinatas de casas, de mezquitas, de bazares, de serrallos, de baños, de kioscos, de multicolor aspecto; cientos de minaretes hierguen lucientes puntas hasta las nubes, como inmensurables columnas de marfil; apretados cipreses, que forman verdes florestas, bajan hasta el mar en largas cintas, guirnaldando barrios y puertos entre sus brazos; exuberante vegetacion se enlaza y rebosa por todas partes, empenachando las alturas, serpeando entre las hondonadas, coronando los techos é inclinándose hácia las aguas.

A la diestra, Galata, con una selva de astas y banderas; sobre Galata, Pera, que dibuja en el cielo las valientes líneas de sus palacios europeos; delante, un puente que une ambas orillas, recorrido por dos opuestas filas de apiñadas y variopintas gentes. A la siniestra mano, Stambul, reclinada sobre sus extensas lomas, cada una de las cuales sustenta la pesadumbre de gigantescas mezquitas con cúpulas de plomo y agujas de oro: Santa Sofía, blanca y rosácea; Sultan Ahmet, flanqueada por seis alminares; Soliman el Gran-

de, coronada de diez cúpulas; Sultana Validé, que se recrea en las aguas como en claro espejo; sobre la cuarta colina, la mezquita de Mahomet II; sobre la quinta, la mezquita de Selim; sobre la sexta, el Serrallo de Tekyr; y sobresaliendo por encima de todas las alturas, la blanca torre del Serasquier, que domina las orillas de los dos continentes, desde los Dardanelos al mar Negro.

Más allá de la sexta colina de Stambul y más allá de Galata, no se ve sino perfiles vagos, puntas de ciudad y de barriada, córte de muelles, apuntes de flotas, detalles de selvas, casi desvanecidos y deformados en celeste atmósfera, cuyo conjunto ofrece un espectáculo de cosas no reales, sino engaños del aire y efectos de luz.

¿Cómo abarcar los detalles de este prodigioso cuadro?

Se fijan los ojos alternativamente en las vecinas riberas, ora sobre la caseta turca, ora sobre la dorada torrecilla; pero de pronto, se infunde y pierde en aquella profundidad lumínica y se espacia al acaso en aquellas dos fugas de fantásticas ciudades, cayendo y levantando la aturdidamente.

Una majestad infinitamente serena y difusa sobre toda aquella belleza; un no sé qué de juvenil y de amoroso, que despierta mil recuerdos de cuentos de hadas y de sueños primaverales; algo de aéreo, de misterioso y de grande que arrebatara

la fantasía arrastrándola fuera de la verdad. El cielo, defumado en finísimos y delicados matices opalinos y argentíferos, señala con maravillosa limpieza todas las cosas y todos los objetos; el mar, color de zafiro, salpicado de tonos purpurinos, hace tremolar los largos reflejos blancuzcos de los alminares y las torres; las cúpulas centellean; toda aquella potente vegetación se agita y tiembla en el aire embalsamado de la mañana; nubes de palomas revolotean en los techos de las mezquitas; grupos de esquifes pintados de varios colores, deslízanse sobre las aguas; el céfiro del mar Negro trae los perfumes de diez mil huertos... y cuando embriagados en este paraíso, olvidados de todo, nos volvemos maquinalmente hácia atrás, vemos con nueva sensación de estupor la orilla del Asia, que cierra el panorama con la pomposa hermosura de Scutari, y con las albas crestas del Olimpo de Bitinia; el mar de Mármara, derramado entre islotes y esmaltado de níveas velas; el Bósforo cubierto de naves, que serpea entre dos interminables filas de kioscos, palacios y construcciones campestres, y vá á perderse lleno de misterio en medio de la más risueña colina del Oriente. ¡Ah, sí! Este es el más bello espectáculo de la tierra: ¡quien lo niegue es ingrato á Dios é injuria la Creación! ¡Mayor belleza, caso de concebirla, haría saltar en pedazos los sentidos!

Desvanecida la primera emoción, miré á los pa-

sajeros: todos los semblantes estaban demudados. Las dos señoras atenienses tenían húmedos los ojos; la señora rusa, en el instante solemne, habia estrechado sobre su corazón á la pequeña Olga; hasta el marmóreo pastor inglés nos dejaba escuchar por vez primera el timbre de su voz, exclamando de trecho en trecho:—*¡Wonderful, wonderful!* (¡Estupendo, estupendo!)

El barco se paró no muy lejos del puente. En pocos segundos se reunió alrededor un tropel de barquichuelos, y á seguida, una irrupción de mozos y demandaderos turcos, armenios, griegos, hebreos saltó sobre cubierta, blasfemando en italiano del otro mundo, y á poco, se hicieron dueños de los equipajes y hasta de las personas.

Después de inútiles tentativas de resistencia, di un abrazo al capitán, un beso á Olga, un adiós á todos y salté con mi amigo en una especie de fusta moruna de cuatro remos que nos condujo á la Aduana, de donde salimos luego para internarnos en un laberinto de callejuelas hasta la fonda de Bizancio, situada en lo más eminente de la colina de Pera.